

BECAS FEUC
Aula Magna

Octubre 23 de 1990

Me alegra mucho el encontrarme aquí con motivo de la otorgación de las becas gestionadas por FEUC.

Tengo así una oportunidad de felicitar públicamente a la directiva de la Federación por el esfuerzo hecho para continuar, ampliar y perfeccionar la iniciativa que se originó en años pasados, de que la Federación y los Centros de Alumnos pongan empeño en ayudar a que compañeros con menores recursos económicos puedan continuar estudios universitarios con nosotros.

Tengo además la oportunidad de agradecer a las personas y a las empresas que han respondido a esta iniciativa y que colaboran en esa forma a la obra educacional de la universidad.

No quisiera quedarme en estas expresiones de felicitación y agradecimiento, sino ir un poco más lejos y hacer un esfuerzo para explicar por qué esto le interesa a la universidad como institución. En último término explicar por qué le toca al rector de una universidad dar las gracias por estas ayudas que, superficialmente consideradas, son algo que concierne principalmente a los beneficiados por ellas.

Aunque no parezca de buen gusto empezar hablando de dinero, quisiera recordarles que la Universidad Católica gasta anualmente alrededor de un millón de dólares en beneficios estudiantiles, principalmente becas de matrícula, destinadas a ayudar a los alumnos de menores recursos económicos.

Si uno reflexiona seriamente sobre la magnitud de estas cifras, tiene que preguntarse cuál es la razón que mueve a la universidad a proceder así. En efecto, todos sabemos que ella afronta problemas presupuestarios sumamente serios, y entonces no se puede evitar la pregunta: qué es lo que mueve a la universidad a destinar esos recursos. Creo que aclarar esa cuestión es una manera de entender qué cosa es una universidad como institución.

A menudo, la respuesta ante esta perplejidad que estoy planteando, se limita a aspectos parciales de la cuestión, como cuando se la relaciona con la "opción por los pobres", propuesta como un criterio pastoral fundamental en la Conferencia Episcopal de Puebla.

Es obvio que puede hallarse alguna conexión entre esta opción y los sistemas de becas. Pero la cosa va mucho más allá. Desde luego, porque todos sentimos instintivamente que, cualquiera que sea su posición doctrinaria, la universidad, aun cuando ella no sea una universidad católica, tiene que hacer un esfuerzo para

ayudar a los estudiantes de menos recursos. De hecho, en nuestro país, también lo hacen universidades que no son católicas, y lo mismo acontece en otras partes del mundo que no son América Latina.

Pero hay más. Si la Universidad decidiera ir en ayuda de los más pobres de entre los que forman parte de ella, ¿qué razones habría para destinar esas sumas a la ayuda de los estudiantes y no al alza de los salarios de aquellos de sus trabajadores que son más pobres que la enorme mayoría de sus estudiantes? O si la Universidad decidiera subsidiar a los más pobres de entre aquellos que recurren a ella, es obvio que los encontraría en otros sitios, por ejemplo entre los que acuden a sus servicios médicos, entre los enfermos pobres, y ella podría rebajar tarifas de atención hospitalaria. O en otra perspectiva, la universidad podría pensar en gastar recursos en ayuda social directa, financiando programas en Escuelas o Facultades que podrían estar destinados a apoyar a los sectores más pobres del país aportándoles formas diversas de ayuda técnica o cultural.

Yo creo que la verdadera razón ha de buscarse en la naturaleza misma de la institución universitaria. Y aquí viene en nuestra ayuda la historia para comprender una dimensión a menudo olvidada del problema.

A las universidades se les adscriben en general las funciones de docencia, investigación y extensión. Mucha gente se queda más o menos tranquila con esta trilogía, por vago que sea el término "extensión", p.ej.. Pero un poco que miremos la historia de las primeras universidades, nos llevará a admitir que se nos está quedando un rol fundamental de la universidad en el olvido.

Desde su comienzo, las universidades sirvieron el papel social fundamental de la promoción cultural de la población. Las universidades medievales contribuyeron poderosamente a romper una rígida estratificación social, al darles a los hijos de artesanos, de pequeños burgueses, etc. la oportunidad de adquirir los conocimientos que los habrían de llevar a los cargos de mayor influencia en el gobierno de la iglesia y del estado. Es impresionante el número de individuos de modesta extracción socio-económica que alcanzaron a ser ministros y cancilleres de reyes, o bien obispos, cardenales o papas, o que se convirtieron en figuras de enorme influencia intelectual en la historia de Europa, luego de su paso por las escuelas universitarias de su tiempo. Ya un autor medieval decía que los tres poderes de su tiempo eran el imperio, el sacerdocio y el estudio, entendiendo por supuesto por estudio lo que se entendía en el latín de la época, o sea la universidad.

Pero ¿cómo se podía lograr esto en una época de sociedad tan compartimentalizada? ¿Cómo obtenía el escolar pobre los recursos para trasladarse a grandes distancias, instalarse en una ciudad extranjera, y estudiar? Uno de los elementos esenciales eran lo que hoy llamamos los beneficios

estudiantiles, y que no se inventaron ayer, sino que nacieron junto con las universidades.

Un ejemplo. Se han publicado varios volúmenes de las Bulas papales dirigidas a la Universidad de Salamanca en sus primeros siglos de existencia. Y si uno se da el trabajo de recorrer esos documentos, se va encontrando que tal vez la mayor parte de ellas, eran autorizaciones para que una persona, generalmente un clérigo (aunque no necesariamente un sacerdote), tuviera rentas de la Iglesia mientras estudiara como escolar en Salamanca. Junto a esos beneficios, que por ley canónica tenía que concederlos el Papa, habían muchos otros, dados por obispos, órdenes religiosas, etc.

Y muy precozmente se agregaron los colegios, o sea fundaciones que ayudaban a la residencia de los estudiantes más pobres, y que eran dotados por benefactores privados, o por la corona, o por órdenes religiosas.

¿Qué es lo que quiero decir con esto? Simplemente que desde el principio de la historia de las universidades, se reconoció que ellas no podían cumplir una parte esencial del rol que la sociedad esperaba que cumplieran, si es que no había una ayuda a los estudiantes, a algunos de ellos por lo menos, para que pudieran concurrir a sus aulas.

Ese papel de promoción cultural de la población, estaba pues presente desde el comienzo; y en función de él se ejercía una activa función de asignación de beneficios.

Cuando la universidad hoy día se preocupa de que los estudiantes de menores recursos puedan estudiar en ella, está pues haciendo un gran esfuerzo para responder a sus funciones originales, fundamentales. Ella no podría sacrificar esta función tal como no podría sacrificar la función de docencia o la de investigación o la de extensión y servicios.

Pero quiero llamar la atención sobre un aspecto del ejemplo histórico que tomé, el de Salamanca, o que se podría encontrar también en la fundación de los colegios. Allí era la sociedad, en ese caso la Iglesia, la que venía a dotar a los escolares pobres, de recursos para estudiar. La verdad es que a nadie se le ocurría pensar que hubiera de ser la propia universidad, escasísima de medios, la que hubiera de cumplir esa tarea. Era la sociedad -la Iglesia, la Corona, los bienhechores privados- la que reconocía la importancia capital que para ella revestía la obra formativa de la universidad.

En nuestro tiempo, la educación universitaria se ha hecho muy costosa. La dotación y funcionamiento de laboratorios, bibliotecas, hospitales, etc., demandarían que la sociedad reconociera la urgente necesidad de venir en ayuda

de estudiantes de escasos recursos, para permitirles a ellos que accedan un día a posiciones de importancia en la toma de decisiones sociales. Así se favorece la movilidad social, y se abre cauce a las legítimas inquietudes de perfeccionamiento y avance.

En nuestro país, una parte enorme de ese esfuerzo ha sido canalizada a través del Estado, el que está ahora reforzando su compromiso en tal sentido. Y es importante y está bien que así sea. Pero el Estado no es el único medio que se ha de usar para alcanzar finalidades de bien común. En la medida en que una necesidad social sea sentida simplemente como una obligación del Estado, y no como una del cuerpo social en su conjunto, ocurre que la sociedad tiende a olvidarse de esta tarea esencial y a desligarse de ella. Es por eso que la propia universidad ha debido tomar la iniciativa para suplir la deficiencia, hacer el esfuerzo para llenar el vacío, suplir algo que la sociedad no ha hecho, y evitar así dejar sin cumplimiento una obligación tan esencial como la que he estado esbozando.

Ustedes comprenderán entonces por qué agradecemos profundamente que hayan miembros de nuestra universidad, sus estudiantes, que hayan miembros activos de nuestra sociedad, personas y empresas, que vengan a asumir su cuota de esfuerzo y a ayudarnos a cumplir íntegramente nuestra tarea de universidad. Esa fue la notable visión de S.E. el cardenal Juan Francisco Fresno al tomar la iniciativa del Fondo Juan Pablo II; es lo que han hecho y hacen diversas asociaciones de ex-alumnos; lo que han estado haciendo centros de alumnos y la Federación de Estudiantes gracias a la colaboración generosa de benefactores privados; lo que se solemniza en esta reunión de hoy: nos están ayudando a ser una verdadera universidad, una universidad que favorezca el proceso de integración en nuestra sociedad.

Mis felicitaciones y mis agradecimientos no son entonces solamente una expresión de satisfacción y gratitud por un beneficio recibido; tampoco hablo para representar a las personas individuales agraciadas. Hablo en nombre de la Universidad a la que en esta forma se la ayuda efectivamente a ser mejor en el cumplimiento de su misión.